

¡QUE LLUEVA!

Si en verdad Nerón prendió el fuego, la historia no lo puede asegurar. Pero sí confirma que él fue acusado de ser el primer culpable hasta que halló un chivo expiatorio.

Cuando un incendio barrió con la ciudad de Roma en el año 54 d.C., dejando intactos sólo cuatro de sus catorce distritos, los rumores que cundieron entre la ciudadanía eran que había sido el emperador mismo, Nerón (quien gobernó Roma desde el año 54 – 68 d. C.). Circularon también rumores que durante la semana que las llamas continuaron, Nerón tocaba su lira y con ella cantaba desde una colina mientras la ciudad ardía y se consumía.

Para desviar la sospecha no muy grata de parte del populacho, Nerón acusó a los cristianos que vivían en Roma de ser los culpables. Esto es lo que registró el historiador Tácito.

“Así, para librarse de este rumor, Nerón culpó de este crimen y castigó con la más refinada crueldad, a una clase odiada por sus abominaciones, a quienes comúnmente se les conocía como cristianos”. Los chivos expiatorios de Nerón fueron la selección perfecta, porque temporalmente lo alivió de la presión y de los rumores que circulaban

acerca de él en Roma.

¿Sus abominaciones?

¿De qué fueron acusados estos cristianos?

Como en el caso de Jesús, el fundador de la iglesia, las falsas acusaciones lo llevaron a la muerte, así fue el caso de los cristianos. Se difundieron mentiras respecto a los seguidores de Cristo. En el gran conflicto entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás, Cristo había ganado la batalla decisiva en la Cruz del Calvario. La suerte última de Satanás fue sellada cuando Jesús exclamó: “Consumado es”.

Mas, aunque la suerte última de Satanás fue decidida la tarde de ese oscuro viernes, otros asuntos concernientes a la contienda entre él, una vez exaltado ángel del Cielo y su Creador, quedaban sin resolverse. Preguntas acerca de la legitimidad de su Ley, su gobierno y su carácter, permanecían sin respuestas.

Una vez que Jesús regresó al cielo y se sentó a la diestra del Padre, Satanás enfocó su insaciable furia en contra de los seguidores de Cristo en la tierra. Mientras Jesús recorría los caminos de Palestina, Satanás levantó toda clase de mentiras respecto de él. Esta vez, continuó con la misma táctica en contra de los seguidores de Cristo.

Los rumores se esparcieron como las llamas de Roma. La práctica de la Cena del Señor produjo raras acusaciones, como la de que los cristianos practicaban el canibalismo o que hacían sacrificios humanos. El descanso sabático los catalogaba como flojos, que se entregaban en ese día a viles orgías y otras conductas depravadas.

Así, cuando Nerón desvió la sospecha de que él había quemado a Roma hacia los cristianos, fue muy fácil de creer. Los historiadores de esa época registran que la persecución que siguió fue motivada no tanto por la culpa del incendio de Roma, sino por la idea prevaleciente de que los cristianos eran enemigos de la humanidad.

Y se desató la más terrible persecución.

El historiador Tácito registra: “Vestidos con pieles de fieras eran despedazados por perros, y así morían. Eran crucificados o quemados vivos sirviendo como antorchas para alumbrar por las noches cuando el día había terminado”.

Los seguidores de Cristo eran quemados vivos, sirviendo como antorchas para iluminar las noches oscuras; crucificados, o entregados a los perros para que los despedazaran. ¡Qué horror!

“Los poderes de la tierra y del infierno –escribió Elena de White– se coligaron para atacar a Cristo en la persona de sus seguidores. El paganismo previó que si el evangelio triunfaba, sus templos y altares serían eliminados, por eso sumaron sus fuerzas para destruir al Cristianismo” (*El conflicto de los siglos*, p. 39).

“Desde el monte de los Olivos el Salvador contempló la tormenta que se abatiría sobre la iglesia apostólica, y, penetrando aun más en el porvenir, sus ojos discernieron la cruel y devastadora tempestad que se abatiría sobre sus

80 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

seguidores en los tiempos de oscuridad y persecución que habrían de venir” (*Ibíd.*, p. 43).

Sobre el monte de los olivos Jesús pronunció la siguiente declaración: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mat. 24:9).

La persecución de los cristianos fieles no terminó con Nerón, sino que continuó por siglos. La historia registra a lo menos diez de las más grandes persecuciones en contra de los cristianos, empezando desde Nerón, y continuando con sus sucesores:

- Nerón (64)
- Domiciano (c. 90–96)
- Trajano (98–117)
- Adriano (117–138)
- Marco Aurelio (161–181)
- Septimio Severo (202–211)
- Decio (235–249)
- Máximo de Tracia (249–251)
- Valeriano (257–260)
- Diocleciano (303–311)

“Las persecuciones que empezaron bajo el imperio de Nerón cerca del tiempo del martirio del apóstol Pablo continuaron con mayor o menor intensidad por varios siglos. A los cristianos se les acusó falsamente de los más terribles crímenes, y fueron declarados ser los causantes

de terribles calamidades: hambres, pestes y terremotos. Como eran objeto de los más encarnizados odios y sospechas del pueblo, no faltaban delatores que por vil interés estaban listos a traicionar a los inocentes. Se los condenaba como rebeldes contra el imperio, enemigos de la religión y azotes de la sociedad. Muchos eran arrojados a las fieras o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos eran crucificados; a otros los cubrían con pieles de animales salvajes y los echaban a la arena para ser despedazados por furiosos perros. Estos suplicios constituían, a menudo, la principal causa de diversión en las fiestas populares de Roma. Grandes muchedumbres solían reunirse para gozar de semejantes espectáculos y saludaban la agonía de los moribundos con risotadas y aplausos" (*Ibid.*, p. 44).

De estos fieles la Biblia dice: "Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra" (Heb. 11:36-38).

¿Cuáles fueron los resultados de semejante martirio? ¿Tuvo éxito en su intento de desanimar a aquellos primeros cristianos? ¿Fue demasiado aquel horror? ¿Se descorazonaron a tal grado que se dieron por vencidos?

"Vanos fueron los esfuerzos de Satanás para destruir la

82 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

iglesia de Cristo mediante la violencia. . . triunfaban por su derrota" (*Ibíd.*, p, 45).

La sangre de los cristianos fructifica

Tertuliano escribió: "Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla".

Los intentos de destrucción de Satanás fueron inútiles. Pero de él podríamos decir que no es un tonto. La notable inteligencia con la cual fue creado no disminuyó cuando cayó en pecado. Simplemente la reenfocó hacia el mal.

Y, claro, era tiempo de cambiar sus estrategias.

"El gran adversario se esforzó entonces por obtener con artificios lo que no consiguiera por la violencia. Cesó la persecución y la reemplazaron las peligrosas seducciones de la prosperidad temporal y del honor mundano. Los idólatras fueron inducidos a aceptar parte de la fe cristiana, al par que rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y creer en su muerte y en su resurrección, pero no eran convencidos de su pecado ni sentían necesidad de arrepentirse o de cambiar de corazón. Habiendo hecho algunas concesiones, propusieron que los cristianos hicieran las suyas para que todos pudiesen unirse en el terreno común de la fe en Cristo.

"La iglesia se vio entonces en gravísimo peligro, y en comparación con él, la cárcel, las torturas, el fuego y la espada eran bendiciones. Algunos cristianos permanecieron firmes, declarando que no podían transigir. Otros se declararon dispuestos a modificar en algunos puntos su

confesión de fe y unirse con los que habían aceptado parte del cristianismo, insistiendo en que ello podría llevarlos a una conversión completa. Fue un tiempo de profunda angustia para los verdaderos discípulos de Cristo. Bajo el manto de un cristianismo falso, Satanás se introducía en la iglesia para corromper la fe de los creyentes y apartarlos de la Palabra de verdad.

“La mayoría de los cristianos al fin consintieron en rebajar sus normas y se formó una unión entre la cristiandad y el paganismo” (*Ibíd.*, pp. 46,47).

La persecución no logró su objetivo. ¿Pero qué del esfuerzo por promover la indiferencia? Allí fue donde el enemigo tuvo gran éxito.

Bajo los símbolos de las siete iglesias, el libro de Apocalipsis traza la historia completa de la Iglesia Cristiana desde que fue fundada, hasta el regreso de su Fundador. Y, aunque, como ya lo hicimos notar en el capítulo anterior, la fecha exacta donde comienza y termina cada etapa de su desarrollo varía de un erudito bíblico a otro. El período aproximado para las primeras tres iglesias es como sigue:

Éfeso	Desde el Pentecostés hasta aproximadamente el año 100 d.C.
Esmirna	Desde el año 100 hasta aproximadamente el año 313.
Pérgamo	Desde el año 313 hasta aproximadamente el año 538.

Éfeso

Note ahora el mensaje que Dios envía a la iglesia de Éfeso, la primera de las siete iglesias:

“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: ‘Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos, y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido’” (Apoc. 2:1-5).

No es posible en este libro explicar en detalle cada palabra y frase de los mensajes a las siete iglesias. Pero, note esto respecto al primer mensaje: Dios reconoce el “trabajo” y la “paciencia” de estos primeros cristianos.

Motivados por un amor más fuerte que la muerte de su Líder, estos primeros cristianos sufrieron las más terribles persecuciones. Fueron fieles y leales, no importara cuál fuese el precio a pagar.

Pero, con el tiempo, algunos comenzaron a perder su conexión con su Líder, y muchos otros comenzaron a dar por sentada su relación con Jesús.

Sucede muy a menudo que los recién casados, envueltos

por el fuego del primer amor, harían cualquier cosa el uno por el otro... aun hasta morir si eso es necesario. Pero el paso del tiempo, la tensión, el descuido, pueden obrar un cambio sutil y progresivo que no es fácil notar. El fuego del primer amor se apaga, y puede tornarse sencillamente en brasas... o aun en carbones y cenizas.

Quizás hasta podría concluirse que la pasión y la intensidad del primer amor no pueden continuar indefinidamente. En los matrimonios saludables, esto se transforma en algo más sustentable: un continuo y profundo aprecio mutuo, comprometido, que ata y que es más fuerte, rico y más duradero que los fuegos románticos del primer amor.

En efecto, tristemente, “el primer amor”, demasiado a menudo da pie al aburrimiento, la irritación y la apatía, dejando sólo carbones apagados de lo que una vez fue un fuego devorador.

A la iglesia de Éfeso, Dios le dijo: “Has dejado tu primer amor. Arrepiéntete... y haz las primeras obras”. Muchas relaciones deterioradas pueden restaurarse cuando las parejas comienzan a hacer nuevamente, el uno por el otro, aquellas cosas que una vez hicieron sin esfuerzo alguno.

Aunque más o menos por el año 100 d.C. –el final del período de la iglesia de Éfeso, y la persecución había comenzado– el que es la cabeza de la iglesia halló necesario advertirle que aunque algunos permanecían fieles aun hasta la muerte, otros estaban permitiendo que la complacencia reemplazara su apasionado primer amor.

Cristo, la cabeza de la iglesia, sabía que sus seguidores no permanecerían si ellos descuidadamente permitían que esto sucediese. “Arrepiéntanse, regresen, retomen su celo original”, les urgía. Ellos necesitaban urgentemente su primer amor; Esmirna estaba por ese tiempo a la vuelta de la esquina.

Esmirna

Esmirna, la iglesia cuyo período histórico data de los años 100–313 d.C., sería la iglesia durante cuya etapa se desató la más intensa persecución. La carta de Dios a esta iglesia es la única de las siete que carece de reproche.

“Y escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna: ‘El Primero y el Postrero; el que estuvo muerto y vivió dice esto: Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida’” (Apoc. 2:9,10).

Para los que iban a enfrentar la muerte por su fe, seguramente debieron haber sido reconfortantes y animadoras estas palabras, en las que se les recordaba que su Señor “había sido muerto, y vivía”. Así también les iba a suceder a ellos.

Sé, les decía su Líder, lo que van a afrontar. Sé que

algunos de ustedes van a sufrir prisiones por su fe. Algunos de ustedes van a morir. Pero no teman. Si son fieles hasta la muerte, yo les daré la corona de la vida.

Lo que Jesús dijo a la iglesia de Esmirna, es una promesa cierta para la iglesia en estos tiempos finales. Justamente antes de la Segunda Venida de Cristo, algunos de sus seguidores volverán a encarar la muerte por su fe. Posiblemente esto suceda a algunos de los que ahora vivimos. La promesa de la corona de la vida es también para los que vivimos en el tiempo del fin.

“Tendréis tribulación por diez días”, dijo Dios. Y, siendo que es cierto que las persecuciones continuaron en forma intermitente durante los primeros siglos y durante los distintos emperadores romanos, es conocido ampliamente que la más sangrienta e intensa persecución de todas fue durante diez años, del año 303-313 d.C., bajo el mando del emperador Diocleciano. Aplicando el principio de día por año al interpretar las profecías de la Biblia (véase Núm. 14:34; Eze. 4:6), diez días equivale a diez años.

Pérgamo

Llegamos a la iglesia que representa el cambio de estrategia de Satanás: de la persecución a la tibieza. A partir del año 313 hasta más o menos el año 538 d.C., el paganismo y el cristianismo crecieron un poco más entrelazados. Durante esta época, la Iglesia Romana llegó a dominar la cristiandad, iniciando una hueste de prácticas y doctrinas desconocidas para la iglesia cristiana primitiva. Finalmente,

la línea que separaba a la iglesia del “estado”(gobierno), creció sumamente empañada.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antias mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaán, que enseñaba a Bala a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de las cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolitas, la cual yo aborrezco. Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca” (Apoc. 2:12–15).

Nuevamente, sin intentar incursionar en todos los detalles de este mensaje, es claro que Jesús recuerda a su pueblo acerca de su fe que aun los llevó al martirio, pero los llama a rendir cuentas por estar comprometiendo la pureza de sus doctrinas. Ellos han aceptado el error en vez de la verdad.

Desde la supuesta “conversión” del emperador Constantino en el año 313 d.C., cuando hizo del cristianismo la religión oficial del imperio, hasta el establecimiento del poder papal, en el año 538 d.C., el cristianismo poco a poco entró en una fatal indiferencia. El sábado bíblico dio paso al día de reposo falso: el domingo. La Biblia, como la única autoridad y regla de fe para los cristianos, dio lugar

a la tradición humana. A la libertad religiosa se la tachó de herejía, y la salvación ya no fue más un don gratuito, sino una recompensa dada al esfuerzo humano.

Ya hicimos notar que cuando Satanás vio que la persecución no estaba dando resultados como para destruir a los seguidores de Cristo, él se movilizó ahora usando la táctica de promover la indiferencia. ¿Pero significaba esto que Satanás iba a abandonar para siempre la persecución? Evidentemente no.

“Hay otros asuntos de mayor importancia que deberían llamar la atención de las iglesias hoy día. El apóstol Pablo declara que ‘todos los que quieran vivir píamente en Cristo Jesús, padecerán persecución’ (2 Tim. 3:12). ¿Por qué, entonces, parece adormecida la persecución en nuestros días? El único motivo es que la iglesia se ha conformado a las reglas del mundo y, por lo tanto, no despierta oposición. La religión que se profesa hoy no tiene el carácter puro y santo que distinguiera a la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Si el cristianismo es aparentemente tan popular en el mundo, ello se debe tan sólo al espíritu de transigencia con el pecado, a que las grandes verdades de la Palabra de Dios son miradas con indiferencia, y la poca piedad vital que hay en la iglesia. Revivan la fe y el poder de la iglesia primitiva, y el espíritu de persecución revivirá también y el fuego de la persecución volverá a encenderse” (*Ibíd.*, p. 52).

Si los esfuerzos de Satanás en aquellos primeros siglos para seducir a los cristianos a ser indiferentes no hubieran tenido éxito –si ellos hubieran permanecido leales–, la

implicación que se deduce de acuerdo al párrafo de arriba es que Satanás hubiera retomado la persecución, y quizás hasta la hubiese intensificado.

¿Por qué no hay persecución hoy como la que sufrieron los primeros cristianos? Porque a Satanás le conviene más promover la indiferencia, no sólo a nivel de la iglesia (indiferencia, con respecto a las verdades de la Biblia), sino a nivel personal (indiferencia con respecto al pecado).

Todo adventista sabe que la lluvia tardía vendrá. Sabemos que un gran reavivamiento tendrá lugar antes que llegue el fin. Sabemos que “la piedad primitiva” prevalecerá nuevamente.

Y cuando esto suceda, la persecución volverá. Un tiempo de angustia tendrá lugar de nuevo. Todo lo que los primeros cristianos sufrieron –y algo más– lo experimentará el pueblo de Dios en el tiempo del fin.

Para algunos esto es espantoso. Cualquiera se preguntará si tendrá la fuerza para mantenerse firme a favor de la verdad, y por quién es la Verdad, aunque tenga que pasar por la persecución y la misma muerte. ¿Podremos aguantar la tortura? ¿El hambre? ¿El calabozo? ¿La muerte?

Gracia, cuando sea necesaria

Dios dice: “Bástate mi gracia, porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona” (2 Cor. 12:9).

Hoy –en este mismo momento– usted no obtendrá gracia mediante la persecución y la muerte, porque eso no es lo que afronta hoy. Pero si llegara el tiempo en que Dios le pide,

le permite, sí, le honra como uno que puede afrontar estas pruebas, entonces, y SÓLO entonces, él le otorgará gracia para ese preciso momento.

Sin embargo, en la medida en que hoy soy fiel a mi Señor, lo seré también entonces.

En Éfeso, Esmirna y Pérgamo, Dios ha tenido sus fieles y leales. Ellos fueron parte de esa cadena inquebrantable que comenzó con Adán y continuó a través de todas las edades. Es una cadena irrompible de la cual usted y yo somos eslabones.

Cuando el gran tiempo de prueba venga, queremos estar firmes. ¿Cuál será nuestra mejor preparación? Fortalecer nuestra conexión lo más posible con la fuente de toda fortaleza. Hoy, mañana, y todos los días.

Uno de los éxitos discográficos estadounidense contiene las siguientes palabras: “ Mañana es otro día ... de todos modos, tengo sed ... así, pues, traigan la lluvia”.

¿Hay algún adventista, en algún lugar, que no puede decir lo mismo, y aplicarlo a nuestras esperanzas de un reavivamiento futuro? Sí, otro día, el mañana. Y seguiré sediento, Señor. Así, pues, trae la lluvia... la lluvia tardía.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*